

En esto pensad

Filipenses 4:8

Lecturas de edificación cristiana

Contenido

| | |
|---------------------------------------|-----|
| Unidad viviente, unidad visible | 73 |
| La santidad conviene a tu casa | 91 |
| Dos epístolas dirigidas a los efesios | 100 |
| Pensamiento | 104 |
| “He aquí el hombre” | 105 |

Año X. N° 3

Mayo - Junio 2005

EN ESTO PENSAD

LECTURAS DE EDIFICACION CRISTIANA

Es una publicación de distribución gratuita que se sostiene con las oraciones y la contribución de los hermanos que deseen colaborar.

Para toda comunicación referente a la publicación, sírvase dirigirse a:

Roberto Jorge Arakelian

Cap. Cairo 546

(1842) Monte Grande

Buenos Aires

Argentina

©2005 Todos los derechos reservados. Editor: Jorge Arakelian.

Los artículos editados en otros idiomas se han traducido con el permiso de sus editores. Derechos de traducción reservados. Permiso de reproducción únicamente de forma completa y sin cambios. Queda prohibido utilizar este material con fines comerciales y/o cobrarlos.

NOTAS ACLARATORIAS

Las citas bíblicas utilizadas en esta publicación son tomadas de la versión Reina-Valera Revisada en 1960. Sin embargo, hay ocasiones en que la claridad del texto requiere el empleo de diferentes versiones, tales como la Versión Moderna u otras. Excepcionalmente, puede ser necesaria la traducción directa de la versión usada por el autor de un determinado artículo. En cada caso se indicará la versión empleada.

Abreviaturas:

| | | |
|------------------------|---|--|
| BAS | = | Biblia de las Américas |
| RV 1909 | = | Reina-Valera Revisión 1909 |
| RVR 77 | = | Reina-Valera Revisión 1977 |
| RVA | = | Reina-Valera Actualizada 1989 |
| VM | = | Versión Moderna (H.B.Pratt, revisión 1929) |
| N.T.I. <i>Gr./Esp.</i> | = | Nuevo Testamento Interlineal Griego-Español (F. Lacueva) |
| VHA | = | Versión Hispanoamericana (Nuevo Testamento) |

(*M. E.*) = *Messenger Évangélique*

Las citas bíblicas textuales se encuentran entre comillas: “ ” y las citas no bíblicas entre comillas: « »

UNIDAD VIVIENTE, UNIDAD VISIBLE

Algunos pensamientos sobre Efesios 4:1-16

Estamos en un tiempo en que, más que nunca, necesitamos recordar las verdades fundamentales del cristianismo. Consideremos dos verdades muy simples pero muy importantes relacionadas con la **unidad cristiana**, la cual es presentada de muchas maneras en diversos medios.

La primera de estas verdades consiste en que la unidad cristiana existe por el hecho de que hay creyentes. Éstos poseen, por gracia, la vida de Dios, y todos integran el cuerpo de Cristo aquí abajo (1.^a Corintios 12:13; 10:17; Efesios 3:6).

La segunda, expresa que el cuerpo de Cristo existe porque Cristo glorificado es la Cabeza de dicho cuerpo, el cual no puede existir, y de hecho no existe, independientemente de su Cabeza glorificada a quien lo une el Espíritu Santo (Efesios 1:23; Colosenses 1:18).

En las siguientes páginas, deseamos insistir en el hecho de que los creyentes están en la tierra para manifestar, individualmente como también en conjunto, la vida de Cristo glorificado, y no para organizar el mundo siguiendo principios cristianos; tampoco para organizar la cristiandad siguiendo los principios del mundo, es decir, tomando en cuenta alguna otra cosa que no sea la Palabra de Dios. Efectivamente, el llamamiento con que fueron llamados los sitúa fuera del mundo, teniendo como esperanza a un Cristo celestial al cual ya están unidos.

De manera que la exhortación primordial de la epístola a los Efesios, que trata acerca de dicho llamamiento y de tal posición, es la que hallamos al comienzo del capítulo 4: “Yo pues, preso en el Señor, os ruego **que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados**, con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor, solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (v. 1 a 3). Se trata, pues, de dar testimonio de nuestro llamamiento, mostrando de manera claramente visible una unidad viva.

El apóstol detalla más adelante, sólo a partir del versículo 17, todo lo que implica dicho andar. Pero antes él expone por el Espíritu lo que hace posible tal andar, es decir, el gran hecho de la unidad de los creyentes en Cristo y la plenitud de los medios que Él pone a disposición de los redimidos para dar testimonio de la unidad de Su cuerpo.

Cada creyente, objeto de un llamamiento individual (capítulo 1:3-14) es, efectivamente, parte integrante de un conjunto que a la vez es objeto de un llamamiento colectivo, para ser el cuerpo de Cristo (1:23) y morada de Dios en el espíritu (2:20-22). Sin perder de vista el aspecto de la morada de Dios, los versículos que consideraremos aquí (4:1-16), hablan principalmente del cuerpo de Cristo. La mención de “una misma esperanza”, unida al llamamiento, se refiere a la asociación con Cristo en la gloria, cuando cada uno de los suyos sea transformado a Su semejanza y Él se presente “a sí mismo una iglesia gloriosa”. Pero la relación ya está hecha. Es una realidad desde que existe la Iglesia en la tierra, es decir, desde que Cristo fue glorificado en el cielo y envió al Espíritu Santo en Pentecostés. Ella es “su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo”. Sola-

mente la Cabeza fue glorificada; el cuerpo aún espera serlo. Pero la unión de Cristo en lo alto con los suyos aquí abajo es real: la primera revelación que tuvo Saulo de Tarso le demostró que al perseguir a los cristianos él perseguía a Jesús (Hechos 9:5). Los creyentes no solamente poseen una nueva vida que está escondida con Cristo en Dios, como lo enseña la epístola a los Colosenses (3:3), sino que tienen también una posición establecida en Cristo en los lugares celestiales (Efesios 2:5-6), juntamente con las bendiciones espirituales que proceden de tal posición. Los creyentes viven aquí abajo porque la Cabeza glorificada vive; el Espíritu Santo, sello en cuanto a la promesa y arras de la herencia, hace correr dicha vida en ellos y, como consecuencia, el cuerpo obra según la energía de la vida de Cristo. Él mismo es el que nutre, el que sustenta a su propio cuerpo (5:29) Él quiere que cada uno goce de su amor y que todos lo gocen en conjunto y lo den a conocer.

Sería en vano querer vivir una vida independiente. No lo podemos hacer, así como tampoco uno de nuestros dedos puede vivir fuera de nuestro cuerpo. Decir que uno es creyente y pretender caminar aisladamente equivale a negar a Cristo a quien todos están unidos. Desde el momento en que uno es creyente, es uno con todos los creyentes, es miembro del cuerpo de Cristo juntamente con los demás miembros. Si perdemos de vista esto redundará en detrimento de nosotros mismos y del cuerpo entero, lo que a menudo experimentamos con mucha tristeza; pero el hecho de la unidad permanece. Por lo tanto, la exhortación que se nos dirige a andar de una manera digna del llamamiento con que fuimos llamados no tiene por objeto hacernos trabajar para formar ese cuerpo, sino que nos conduce a manifestar con nuestra conducta el hecho de que hemos sido consti-

tuidos en ese cuerpo. Así, nuestro yo, con todo lo que le es propio, desaparece en la unidad de los miembros del único cuerpo, siendo no solamente miembros unos de otros, sino miembros del cuerpo de Cristo, miembros de Cristo (1.^a Corintios 12:27).

Los versículos 4 a 16 desarrollan el tema de tal unidad en la vida espiritual del cuerpo de Jesús glorificado. Los capítulos anteriores habían sentado las bases doctrinales de su formación. En este pasaje hallamos lo que se relaciona con el hecho de que está formado. Se nos presentan sucesivamente los siguientes importantes puntos:

1. Los siete vínculos de la unidad (v. 4 a 6). Tales vínculos se alinean bajo tres rangos. Todos los verdaderos creyentes forman parte de los tres.

Por cierto, ellos son los únicos que tienen parte en el primer grupo (v. 4): sólo los que tienen la vida por medio de la fe constituyen el “(un) **cuerpo**”, porque sólo ellos poseen el “(un) **Espíritu**”, y sólo ellos tienen “una misma **esperanza**”.

Mientras que los que constituyen el segundo grupo (v. 5), son todos los profesantes, regenerados o no, los cuales invocan al “(un) **Señor**”, la “(una) **fe**” y recurren al “(un) **bautismo**”; y todo esto es de extrema responsabilidad para los que no tienen la vida, pero un tema de gratitud para los verdaderos creyentes por el hecho de pertenecer a un orden de cosas dado en este mundo bajo el señorío de Cristo.

Finalmente, en el tercer grupo (v. 6) se hallan todos los hombres, puesto que ellos deben su existencia al Creador, “un **Dios y Padre** de todos”, pero aquellos a los que Él quiso adoptar como “hijos suyos por medio de Jesucristo” tienen el privilegio de reconocer con adoración Su paternidad universal y omni-

presencia, y pueden decir como miembros de su familia: “Él es en todos” nosotros.

Recordemos que estos tres grupos, uno más extenso que el otro, se han comparado a tres círculos concéntricos: el más vasto (v. 6) abarca a toda la humanidad y se entra en él mediante el nacimiento natural. En el círculo central (v. 5) se encuentran todos los cristianos nominales, quienes fueron introducidos formalmente allí mediante el bautismo. Y en el círculo interior (v. 4), donde se entra por el nuevo nacimiento, se encuentran los que forman parte del cuerpo de Cristo.

2. El don y los dones de Cristo (v. 7 a 11). Justamente porque la unidad de los creyentes no es un ensamble inerte ni una unión artificial, sino un cuerpo vivo, su vida, como toda vida, se expresa a través de la diversidad de actividades y funciones complementarias. Unidad no quiere decir uniformidad, sino armonía de numerosos elementos, ninguno de ellos idéntico al otro, y que están asociados para formar un conjunto. El funcionamiento según Dios y el crecimiento de este organismo requieren un alimento espiritual que contrasta con los “rudimentos del mundo” (Colosenses 2:20) de los que se nutre la carne, y presuponen una acción conjunta para que dicho alimento sea distribuido. Todo es **dado** por Cristo.

Él lo hace por **gracia**, ¡y qué gracia! Cristo, quien “amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella”, y quien fue dado “por Cabeza sobre todas las cosas a la iglesia”, toma frente a ella la posición de Aquel que da: Él provee de todo lo que necesita la Iglesia, pues ella es su cuerpo y recibe su amoroso cuidado.

Él lo hace según una **medida** sin defecto alguno, “la me-

dida del don de Cristo”. Él conoce perfectamente las necesidades que ella tiene y responde con la sabiduría divina cuya admirable diversidad “es ahora dada a conocer por medio de la iglesia” (Efesios 3:10).

Finalmente, Él lo hace según el **poder** que le pertenece como Aquel que descendió hasta los dominios de Satanás para vencerlo y que, resucitado y exaltado, está revestido de soberana autoridad a causa de la redención que consumó (v. 8 a 10).

Debido a dicha soberanía, Cristo, quien “subió a los cielos para llenarlo todo”, es el que confiere a “cada uno” su propio don de gracia (v. 7) y el que, para el ministerio especial de la Palabra, constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros pastores y maestros” (v. 11).

Todo proviene de Él, y solamente de Él. No se acepta nada de lo que proviene del hombre y de sus pensamientos, pero durante todo el curso de la historia de la Iglesia en la tierra y pese a todo lo que los hombres puedan mezclar con el buen grano, nada habrá faltado de parte de Cristo, ya sea para llamar a las almas o, una vez establecidas sobre la sólida base de los apóstoles y profetas, para instruir las, cuidarlas y alimentarlas. Los santos habrán tenido siempre a su disposición la plenitud de los medios que se concentran en el inmenso, en el incomparable “don de Cristo”.

3. Los efectos del don de Cristo (v. 12 a 16). Todo lo que es dado así, pero particularmente los ministerios especiales que menciona el versículo 11, lo es “a fin de perfeccionar a los santos”, para que éstos cumplan “la obra del ministerio (servicio)” y que de este modo quede asegurada “la edificación del cuerpo de Cristo”.

a) El perfeccionamiento de los santos (v. 13-14). El perfeccionamiento de los santos es, en sí, algo individual, pero se lleva a cabo en común y para el crecimiento del conjunto: el bien del cuerpo entero presupone el perfeccionamiento de cada uno de aquellos que lo componen. Así sucede en un cuerpo material, donde la vida del conjunto depende de la salud de cada órgano y de cada célula; no obstante, la vida de cada elemento depende de la condición general del cuerpo.

Es evidente que dicho perfeccionamiento prosigue sólo aquí abajo, y seguirá mientras haya santos en la tierra investidos del privilegio de ocuparse en la “obra del ministerio” y de cooperar para el crecimiento del cuerpo de Cristo. La perfección absoluta y definitiva sólo se obtendrá en la gloria, pero el objeto hacia el cual apunta el ministerio aquí abajo es el de “la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo”, es decir, llegar a un grado de desarrollo espiritual en que los creyentes sólo se ocupen de Cristo. Cada uno es llamado a lograr esto por sí mismo a fin de encontrarse así en comunión con los demás. Hasta obtener dicho desarrollo, cada creyente estará en un estado espiritual infantil, y como “niño” se verá amenazado por las falsas doctrinas impulsadas por estratagema de hombres; es preciso, pues, hacerlos salir de ese estado y establecerlos en la verdad, “la unidad de la fe”.

b) El cuerpo edificándose a sí mismo (v. 15-16). El mencionado crecimiento de los individuos tiene un común objetivo: “Siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo **en aquel** que es la cabeza, esto es, Cristo”, en Aquel que está sentado en los lugares celestiales después de haber muerto y de haber resucitado. Pero al mismo tiempo, **de Él**, revelado al alma

y conocido como modelo y como poder, procede la edificación del cuerpo en amor. Y el cuerpo mismo, por el hecho de estar unido con la Cabeza y por el Espíritu Santo que obra en él, posee su actividad propia: “Según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor.”

El amor de Dios, tan maravillosamente desplegado en Cristo, se refleja en esa actividad normal del cuerpo. La dirección y la energía proviene de la Cabeza, pero si cada parte se mantiene en el lugar que se le asignó y asume el papel que le imparte Aquel que sabe cómo “todo el cuerpo” debe estar “bien concertado y unido entre sí”, si cada “coyuntura” (los dones) ejerce su función, entonces la vida circula, la actividad se desarrolla con la coordinación deseada por Dios, y el crecimiento se produce “según la actividad propia de cada miembro”, “conforme a la medida del don de Cristo”.

Tal es la descripción que el Espíritu Santo nos brinda del funcionamiento del cuerpo de Cristo. Ustedes dirán: ¡Oh, es un bello programa, pero es demasiado ideal! Desengañense. Nada es menos teórico. Sólo tenemos que preguntarnos por qué la vida de este admirable organismo ya no es actualmente visible. Al querer responder, he aquí que toda la cuestión de nuestra responsabilidad se pondrá de manifiesto.

La parte esencial, la parte motriz, si se la puede llamar así, no ha sufrido ni puede sufrir daño alguno. El “don de Cristo” permanece siempre seguro, y el Espíritu Santo es siempre plenamente suficiente para repartirlo según las necesidades de “las coyunturas que se ayudan mutuamente”. Hay a disposición todo lo necesario para proveer de todo lo que hace falta, en todo lu-

gar. Es reconfortante volver a recordar que Cristo no olvida, que jamás dejará a la Iglesia desprovista de lo que ella necesita para vivir y crecer, de la misma manera que Él trabaja incansablemente para purificarla. Cuando su trabajo haya finalizado y Él se presente a sí mismo a la Iglesia, gloriosa y santa, conoceremos plenamente lo que ahora vemos borroso, apreciaremos la perfección de los cuidados de amor con los que Él la rodea aquí abajo. ¡Qué glorioso será para Cristo el momento en que nos manifestará que nada, ni los esfuerzos de Satanás, ni el engaño de nuestros corazones, ni todas nuestras debilidades, le habrán impedido llevar al estado perfecto a aquella a la que ama y por la cual Él se entregó! ¿Quién habrá dado su pureza al lino fino y resplandeciente del cual la Esposa estará vestida? ¿Quién habrá modelado sus rasgos, formado su carácter santo y sin mancha, sino Él mismo? Él es fiel en su amor, tanto hoy como al principio, sus fuentes son tan completas como en el tiempo de los apóstoles, y las pone a disposición de nuestra fe como a los efesios en la antigüedad. La unidad del cuerpo, que fluye del Espíritu y está firme por Él, no ha sido alterada en nada, y se nos ofrecen siempre los medios para hacerla visible.

Pero, desgraciadamente, también es cierto que los creyentes, puestos a prueba en cuanto al empleo de esos medios, han fallado, y cada vez más, en el hecho de manifestar dicha unidad. Lamentablemente, aún seguimos fracasando en este sentido. El testimonio que rendimos al respecto es infiel, aun cuando el objeto y lo que permite dar el correcto testimonio permanecen invariables. Seducidos por las cosas de este mundo, perdemos de vista el blanco y dejamos inutilizados los inmensos recursos de Cristo y del Espíritu. El organismo está allí, la vida está allí, por la fiel gracia de Dios, pero los poseedores de dicha vida (la-

mentablemente nosotros mismos) la dejamos languidecer. En lugar de que se manifieste libre y vigorosa, ellos la dejan oprimir y sofocar por una profesión sin vida y por la actividad carnal. Los niños en Cristo, en lugar de crecer, permanecen en su estado de niñez espiritual, fluctuantes y llevados por doquiera de todo viento de doctrina, y el crecimiento del cuerpo es estorbado porque los diferentes órganos funcionan mal, y especialmente “las coyunturas”. Estas “coyunturas” representan a todos los que el Señor califica para que ninguna parte del cuerpo sea privada del nutriente esencial de la Palabra. Todas las funciones, como las de los maestros y pastores, todos los preciosos cargos, como los de sobreveedores (o ancianos) y servidores (diáconos), están incluidos en ese término. ¡Cuántos dones de gracia se han perdido y se pierden de esa manera, en grave detrimento de la Iglesia, a causa de la indiferencia y de la mundanalidad de aquellos que los poseen! ¡Cuántas capacidades son empleadas sólo para el presente siglo desobediente, en lugar de utilizarlas para llamar a las almas, para darles “su ración” de grano, para “apacientar la grey”, para velar a las puertas y para servir de tantas maneras a los intereses de los santos! ¿Dónde se ve hoy “la preocupación por todas las iglesias”, ese sentimiento que se agolpaba cada día sobre Pablo (2.^a Corintios 11:28)?

Sí, la enseñanza de estos versículos es actual, tanto como en el tiempo en que los escribía el apóstol mientras estaba preso. Los cuidados que Cristo glorificado le brinda a su cuerpo son tales como los que Jehová había prodigado a su viña: “¿Qué más se podía hacer a mi viña, que yo no haya hecho en ella?” (Isaías 5:4). Pero nosotros, ¿qué solicitud sentimos por la Iglesia tan cara para Su corazón? ¡Oh, que cada uno de nosotros con-

sidere detenidamente que ningún miembro del cuerpo tiene la menor excusa para permanecer indiferente o para estimarse inútil, pues Cristo y el cuerpo de Cristo son una sola cosa! Hermanos y hermanas, tendremos que rendir cuentas de nuestra administración. ¿En qué medida he contribuido al crecimiento del cuerpo de Cristo? O, al contrario, ¿en qué ha frustrado al cuerpo de Cristo mi propia infidelidad? Estas son preguntas solemnes. Ningún creyente tiene el derecho de eludir las; y cuánto menos aquellos que fueron enseñados en estas cosas y fueron llamados por la gracia de Dios a tomar parte en el testimonio suscitado por Él para los días postreros. Pensemos en tantos privilegios que olvidamos y rechazamos. El tiempo de utilizarlos para la gloria de Dios, pronto pasará para siempre.

Luego de haber tomado conciencia de nuestra responsabilidad, como acabamos de hacerlo, necesitamos retroceder un poco para considerar las exhortaciones que hallamos en los tres primeros versículos del capítulo que hemos citado. Para responder a ellas, nada puede darnos más impulso que la clara noción de la unidad del cuerpo de Cristo, con el sentimiento de que no podemos abstraernos de tal noción, recordando a la vez la fidelidad del amor de Cristo. Nos sentimos reprendidos y humillados, pero también constreñidos por tal amor de Cristo. Comprendemos en alguna medida que si tenemos presente la realidad de la “unidad del cuerpo”, no tendremos ninguna dificultad para andar con toda humildad y mansedumbre, soportándonos unos a otros en amor. No hace falta repetirlo.

Pero prestemos atención que también se nos dice, inmediatamente: “Solícitos...”, lo que presupone que debemos tener un espíritu vigilante frente al continuo peligro de abandonar el

más precioso deber que pueda incumbirnos, que es “guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (v. 2). Tal solicitud nos es necesaria porque apreciamos muy poco una prerrogativa tan elevada. Efectivamente, guardar la unidad del Espíritu nos permitirá gozar juntos de las bendiciones espirituales con las que somos bendecidos en los lugares celestiales en Cristo, y que son ofrecidas a los hijos de Dios aquí abajo como la común parte de ellos. Gustarlas juntos, en paz, ¿no hará que se multiplique el valor de este tesoro?

A menudo se ha dicho que no se nos indica guardar la unidad del cuerpo. Y aún menos hacerla. La unidad está hecha, es inmutable e inalterable, tengamos conciencia de ello o no. Es algo completamente diferente de cualquier institución humana que se llame iglesia. En efecto, en algunos casos una institución se considera como la única iglesia y arroja fuera del cuerpo a los creyentes que no se unen a ella; en otros casos dichas instituciones estiman que constituyen una iglesia entre otras, como si fuese posible que hubiera muchos cuerpos de Cristo. El esfuerzo por unir a tales iglesias bien puede concluir en una unidad ilusoria; de hecho, concluye en la simple unión de elementos dispares, en una expresión de la profesión cristiana y no de la del único cuerpo. Los creyentes son un solo y mismo cuerpo, no porque ellos estén más o menos de acuerdo sobre ciertas doctrinas y adopten una común confesión de fe, más o menos amplia, sino porque tienen la misma vida, que es la vida de Cristo glorificado. Tal unidad, no simplemente la de los cristianos, sino la unidad de Cristo (“¿acaso está dividido Cristo?”, decía el apóstol), es lo opuesto a una asociación la cual podemos estrechar o extender a nuestro agrado.

Tampoco se nos prescribe que hagamos “la unidad del

Espíritu”. Ella existe igualmente, aunque nosotros la llevemos a la realidad o no. Hay “un (solo) cuerpo y un (solo) Espíritu”. Pero se nos ordena “guardar” la unidad del Espíritu, lo que implica que ella ya se encuentra establecida.

Guardar la unidad del Espíritu, en nuestras relaciones entre creyentes, equivale a comportarnos con ellos como miembros del cuerpo de Cristo que poseen el único y mismo Espíritu. No significa solamente amarnos y honrarnos mutuamente, sino hacerlo considerándonos como uno en Cristo. En este sentido, se ha dicho que guardar la unidad del Espíritu es hacer realidad en la práctica la unidad del cuerpo. Es hacer visible aquí abajo lo que el Espíritu ha obrado uniendo a cada creyente con Cristo en la gloria, pues esa unión con Cristo en la gloria es la unidad del cuerpo. ¿Cómo podría manifestarse esto sino “en el vínculo de la paz”? “Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo” (Colosenses 3:15). “Él es nuestra paz, que de ambos pueblos —de los dos peores enemigos, judíos y gentiles—, hizo uno” (Efesios 2:14). El Espíritu, ¿no es el Espíritu de sabiduría y de paz?; su pensamiento, ¿no es vida y paz? (Romanos 8:6); y uno de sus primeros frutos, ¿no es la paz? (Gálatas 5:22).

La unidad del Espíritu será guardada sólo en la medida en que andemos por el Espíritu (Gálatas 5:25). Las acciones de la carne impiden la manifestación de la unidad del cuerpo. Por ejemplo, los corintios la desmentían con sus divisiones; por eso el apóstol los califica de carnales (1.ª Corintios 3:1-3). El crecimiento numérico facilita el riesgo de que se desarrolle la actividad carnal en la Iglesia y, por consiguiente, la mundanería, tal como la cizaña que crece y se multiplica con el trigo. Pero siempre se nos pide, y por supuesto es posible, que manifestemos

ante el mundo, cristianizado o no, la vida de Cristo glorificado que une a los miembros de su cuerpo.

En esto nos encontramos en un terreno totalmente extraño para el mundo, el cual no puede recibir al Espíritu (Juan 14:17). Por eso, a partir del versículo 17 del capítulo que estamos considerando, hallamos las exhortaciones prácticas que nos ordenan: “No andéis como los otros gentiles.” Olvidamos con facilidad que las relaciones entre creyentes tienen otro carácter que las que tienen los inconversos entre ellos, o entre creyentes e inconversos. La vida corriente obliga al creyente a mantener relaciones con el mundo (1.ª Corintios 5:9-10) pero, en tales relaciones, la vida de Dios sólo está de un lado, del lado del creyente. No somos del mundo, y la fidelidad al Señor nos acarreará el aborrecimiento de parte del mundo. La prueba de ello la tenemos en Pablo prisionero. Pero cuando la vida de Dios está de ambos lados, la unidad del Espíritu puede y debe ser guardada. Es preciso que sea así con el más débil, con el menos esclarecido sobre las verdades que se refieren al cuerpo de Cristo, al llamamiento o a otras; y esto, incluso con el extraviado y el culpable. Esto, es necesario decirlo, no significa que podamos pactar con el error y con el mal, lo cual, lejos de guardar la unidad del Espíritu, sería contristar al Espíritu Santo de Dios por el cual hemos sido sellados para el día de la redención (Efesios 4:30). Significaría seguir las cosas que destruyen la paz en lugar de mantenerla, y trabajar en contra de la edificación mutua. La carne —nunca será demasiado repetirlo— no tiene nada que ver con la vida del Espíritu. Por el contrario, debemos establecer y mantener el contacto basados en la verdad y la obediencia, para llegar a gozar de aquello que nos es común, en conjunto y en la mayor medida posible.

Alguien dijo: «La unidad del Espíritu es una realidad cuando tu pensamiento y el mío están de acuerdo con el pensamiento del Espíritu.» Deseemos ardientemente tal acuerdo, y para ello dejémonos dirigir por la enseñanza del Espíritu Santo; no nos prestemos a establecer compromisos fundados sobre nuestros propios pensamientos y sentimientos. Escudriñemos, usted y yo, sobre qué puntos puede realizarse tal acuerdo con el pensamiento del Espíritu. Esos puntos pueden ser poco numerosos, quizá hasta verse reducidos a uno solo; pero, partiendo de éste, procuremos extender este acuerdo, pidiendo al Señor que él mismo levante las barreras para que andemos juntos según Él, propendiendo hacia “la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios”. Guardar la unidad del Espíritu equivale a estar juntos, ocupados de Cristo. El Espíritu Santo no tiene nada en común con un espíritu contencioso o con el espíritu de error, ni con “el espíritu del mundo” (1.ª Corintios 2:12). No es posible que entre dos verdaderos creyentes no haya uno o varios puntos sobre los cuales ambos puedan hallar “alguna comunión del Espíritu” (Filipenses 2:1). Incluso frente a un creyente al que podríamos ver tan tristemente extraviado como se pueda suponer, una palabra, un gesto apropiados para conmooverlo —y, no lo olvidemos, aun en el caso en que tuviéramos que separarnos de alguien con dolor y humillación— pueden dar testimonio de esa unidad; y ello sin sacrificar la verdad, ni los derechos del Señor, ni la santidad de su Mesa. Comprendamos bien la enseñanza que hallamos en Gálatas 6:1, la cual se dirige a “vosotros que sois espirituales”; guardar la unidad del Espíritu con aquel que “fuere sorprendido en alguna falta” no significa cerrar los ojos sobre esa falta y andar con el tal como si no fuera nada, sino que se nos dice: “Restauradle con espíritu de mansedumbre, consi-

derándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado.” A veces la corriente eléctrica logra pasar a través de hilos conductores en mal estado; si está cortada esforcémonos para restaurar los hilos debilitados; ¡qué gozo se experimenta cuando se puede sentir pasar sin obstáculos esa preciosa corriente del Espíritu! ¡Y qué bendición recibimos cuando el Espíritu puede desarrollar su libre y poderosa acción en la reunión de los santos! “¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía! Es como el buen óleo sobre la cabeza, el cual desciende sobre la barba, la barba de Aarón, y baja hasta el borde de sus vestiduras” (Salmo 133:1). Solamente el Espíritu puede hacernos cantar:

*¡Qué bella es la unidad de tu Iglesia, Señor Jesús!
¡Cuánto agrada a tus ojos!*

¿Será necesario señalar hasta qué punto esto nos debe mantener alejados de una unión eclesiástica, de una pretendida unidad que no tuviera como fundamento la separación del mal? Dios sabe que no queremos escribir ni una sola palabra que pueda herir a las almas sinceras que, sintiendo dolorosamente la dispersión de los hijos de Dios, aspiran a reunirlos y dan la mano a todo lo que se hace en ese sentido, aceptando compromisos con el relajamiento moral y el error doctrinal. Pero intentar unirlos poniendo en segundo plano la verdad del Padre y del Hijo, amalgamando el mundo con el cristianismo, es acrecentar la confusión y, por buenas que puedan ser las intenciones, es apresurar la apostasía en que finalizará la historia de la cristiandad profesante. Todo nos muestra que ese final está muy próximo.

Algunos suelen citar Juan 17:20-21 para impulsar la re-

unión de todos los cristianos nominales en una organización que sea bien visible. Pero, en primer lugar, advirtamos que el punto de partida de esa oración del Señor Jesús es: “No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo” (v. 16), mientras que tal organización tiende a hacer del cristianismo un poder del mundo. Además, este pasaje no trata, de ninguna manera, del cuerpo de Cristo unido a su Cabeza glorificada, sino que habla de la unidad de la familia de Dios, de la unidad de comunión en el Padre y el Hijo, de la unidad de los que poseen una nueva naturaleza, divina.

Esta oración del Hijo fue respondida; no es una oración nuestra, sino suya; y fue oída por su Padre y no por nosotros. El hecho de que haya sido oída no depende de nuestros esfuerzos ni de nuestros medios. Por la bondad y el poder del Padre ha sido oída, lo que queda demostrado en el hecho de que los creyentes de cualquier país, de cualquier medio, de cualquier clase social que provengan, tienen la misma naturaleza. Finalmente, esta unidad de naturaleza se manifestará en la santificación “en la verdad”, es decir, la obediencia a la Palabra, lo que ocasionará la separación del mundo efectiva y moralmente. Es muy cierto que nosotros, creyentes, hemos fallado en dicha manifestación, y que por ello, para vergüenza nuestra, somos un obstáculo para que este mundo crea que el Padre envió al Hijo; pero no podremos ayudar a que el mundo lo crea intentando hacer la unión a expensas de la verdad y, de hecho, de la verdadera unidad. Al contrario, al mezclar el cristianismo con los elementos del mundo sólo lograremos incitarlo a no creer. Eso es lo que Satanás ha intentado hacer en todo tiempo y lo que procura cada vez más. Lo que nosotros tenemos que proponernos es manifestar los sentimientos de la familia de Dios, el amor, la longanimidad y la

obediencia a la voluntad del Padre. Esto no tiene nada que ver con un orden de cosas eclesiástico, el cual no se nos pide establecer.

“Solícitos en guardar la unidad del Espíritu.” Esto nos mantendrá muy lejos tanto del relajamiento como de la estrechez de corazón y de mente. No nos dejemos atrapar en el lazo de acercamiento artificial de filiaciones cristianas diferentes, pero tampoco nos contentemos con un conocimiento teórico de la unidad del cuerpo, como si tal unidad fuera actualmente imposible de llevar a cabo. Tal conocimiento nos condena si no lo llevamos a la práctica; dicho de otro modo, si la vida no se manifiesta. Encaminémonos hacia “la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios”, lo cual se propone como objetivo a aquellos que solamente se reconocen como miembros del cuerpo de Cristo y únicamente miembros de él. Quiera Dios obrar para que en la Iglesia, cada uno de nosotros, manteniéndonos en el lugar donde Él nos ubicó, considere más a Aquel a quien la Iglesia está unida desde ahora y por la eternidad. La unidad de los cristianos ya no puede desplegarse ante los ojos de los hombres en la totalidad de cuerpo presente en la tierra, como lo fue al principio de la Iglesia. En este sentido, la Iglesia es invisible, y esto a causa de nuestra falta. Pero dicha unidad debe probarse en las relaciones entre creyentes moralmente extranjeros a este mundo; y, en este sentido, ella es visible. Que Dios nos conceda la gracia de hacer realidad la unidad, muy particularmente cuando estamos reunidos en el nombre del Señor Jesús, aunque sólo fuésemos dos o tres. Éste es el sentido del testimonio que tenemos que dar en estos tiempos de ruina.

A. Gibert (M.E. 1962)

LA SANTIDAD CONVIENE A TU CASA

(Salmo 93:5)

En el libro del Génesis leemos acerca de hombres que fueron llamados, o de creyentes, o bien de justos, pero no hallamos mención de un pueblo de Dios. Y en todo ese libro no se habla de la santidad, salvo lo que podemos encontrar en pasajes como Génesis 35:2 y 4. Sólo a partir del libro del Éxodo se menciona un pueblo —aunque según la carne— rescatado y reunido por Dios por medio de un mediador. Cuando Jehová le apareció a Moisés, quien fue el instrumento de la liberación, le enseñó que el lugar de la presencia de Dios es “tierra santa” (Éxodo 3:5), y lo hizo incluso antes de darle a conocer la obra que Él deseaba confiarle. De modo que la santidad de Dios estaba establecida aun antes de que el amor de Dios y su intervención en gracia a favor del pueblo fueran manifestados.

Y en la pascua, Dios reclamaba para sí a aquellos que fueron librados de su justo juicio mediante la sangre del cordeiro: “Conságrame todo primogénito... mío es” (Éxodo 13:2). En el capítulo 15, donde la obra de la redención es celebrada por el mediador y por el pueblo, hallamos el tema de la alabanza en el versículo 2: “Jehová es mi fortaleza y mi cántico, y ha sido mi salvación. Este es mi Dios, y lo alabaré (o le prepararé una morada)...” Y el Dios que consintió en morar con su pueblo, en cuyo corazón Él puso un deseo que correspondiera con el Suyo (compárese Éxodo 29:45-46 con 15:2), es “magnífico en santidad” (15:11). En el capítulo 19, Jehová dice a su pueblo: “Os tomé sobre alas de águilas, y os he traído a mí” (v. 4). ¿A dónde

lo llevó? “Condujiste en tu misericordia a este pueblo que redimiste; lo llevaste con tu poder a tu santa morada” (15:13).

Para que pudieran mantenerse las relaciones entre el pueblo y el Dios cuya santidad se proclamaba sin cesar, eran necesarios sacrificios continuos, pues la santidad de Dios exigía que su pueblo fuese lo que Él mismo era: “Santos seréis, porque santo soy yo Jehová vuestro Dios” (Levítico 19:2, compárese con 20:26 y con 1.ª Pedro 1:16). Era necesario que aquellos que se acercaban a Dios no sólo estuvieran bajo la eficacia de la sangre y tuvieran las manos y los pies lavados en la fuente de bronce sino, más aún, era preciso que la sangre fuera rociada por todas partes donde el hombre llegaba para acercarse a Dios. Era el único medio por el cual podían ser purificadas todas “las impurezas de los hijos de Israel”. Tanto el lugar santo, al que los sacerdotes tenían acceso, como el tabernáculo, el altar del incienso y el altar del holocausto, estaban bajo el rociamiento de la sangre. Y en relación con el día de la expiación, leemos: “En este día se hará expiación por vosotros, y seréis limpios de todos vuestros pecados delante de Jehová” (Levítico 16:30).

Pero, por interesante e instructivo que sea, no tenemos el propósito de proseguir con este tema tan vasto. Más bien deseamos tratar de demostrar cuán grande es la santidad de Aquel con quien estamos relacionados.

El amor de Dios nos fue revelado en Jesús y por la obra de la cruz; y precisamente deseamos ocuparnos de ello una vez más, sabiendo que nunca lo haremos suficientemente. Pero si la cruz nos ha revelado en su plenitud este amor tan grande, también nos hace conocer una santidad que ningún tipo del Antiguo Testamento puede alcanzar. Recordemos las palabras pronunciadas por Jesús en la hora novena: “Dios mío, Dios mío, ¿por

qué me has desamparado? ¿Por qué estás tan lejos de mi salvación, y de las palabras de mi clamor? Dios mío, clamó de día, y no respondes; y de noche, y no hay para mí reposo. Pero tú eres santo...” (Salmo 22:1-3). Dios, por ser santo, porque es “muy limpio... de ojos para ver el mal” (Habacuc 1:13), apartó su rostro de Aquel a quien, en la cruz, “por nosotros lo hizo pecado” (2.ª Corintios 5:21). Dios no escatimó ni a su propio Hijo, aunque desde la eternidad Él “era su delicia de día en día”, y aunque dijo de Él, hecho hombre en la tierra: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (Proverbios 8:30; Mateo 17:5).

Al meditar sobre tal tema, comprendemos en alguna medida la fuerza que tienen las expresiones de Hebreos 12:14, donde leemos: “Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor.”

Hoy, como todos lo sabemos, la “santa morada” está hecha de “piedras vivas”, edificadas sobre “la principal piedra del ángulo” que es “Jesucristo mismo”; esta morada abarca a todos los creyentes (1.ª Pedro 2:5; Efesios 2:20-21), y tiene también su expresión en la asamblea local (Efesios 2:22), entre aquellos que, fuera de toda organización humana, profesan reunirse en el terreno de la unidad del Cuerpo de Cristo, verdad que se proclama a la Mesa del Señor: “Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel mismo pan” (1.ª Corintios 10:17).

Pero se nos presentan algunas preguntas: ¿Cómo podemos acercarnos a Aquel cuya santidad se proclama constantemente en la Palabra? ¿Cómo llegar a su altar, es decir, a su Mesa, la Mesa del Santo y Verdadero? El israelita disponía de los sacrificios, la sangre de los toros y de los machos cabríos que ofrecía para la propiciación de los pecados. Nosotros tene-

mos “la sangre de Jesucristo” el Hijo de Dios, que “nos limpia de todo pecado”. “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”, porque, efectivamente, “abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados” (1.ª Juan 1:7 y 9; 2:1 y 2). En este pasaje se trata de nuestra comunión “con el Padre, y con su Hijo Jesucristo”, y también de la comunión mutua entre los hermanos (1.ª Juan 1:3), comunión que tiene su más alta expresión a la Mesa del Señor.

Allí recordamos que cuando el Señor instituyó la Cena, dio gracias. Él dio gracias al Padre y dijo a los suyos: “Haced esto en memoria de mí.” Al partir el pan, nosotros expresamos nuestra comunión mutua, pues el único pan (“un pan”), nos habla de que somos “un cuerpo” del cual Cristo es la cabeza glorificada en los cielos.

Y, así como para mantener la comunión individual debemos “confesar nuestros pecados”, así también, para que nuestra comunión a la Mesa del Señor sea una realidad, debemos obedecer a las enseñanzas de 1.ª Corintios 11:28: “Por tanto, pruébese cada uno a sí mismo, y coma **así** del pan, y beba de la copa.” Y el apóstol añade: “Si, pues, nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados” (1.ª Corintios 11:31).

Conviene examinar el alcance de estas tres expresiones: confesar nuestros pecados, probarnos a nosotros mismos y juzgarnos. ¿Significará simplemente hacer estas cosas con cierta ligereza? ¿O quizás quiera decir que al llegar al lugar de reunión depositemos en el guardarropa nuestro sombrero junto con los reproches que podemos tener hacia otros hermanos? ¿O tal vez que también dejemos allí algo impropio e incompatible con la

presencia del Señor, y que luego podamos tomar todo esto al salir y hacer lo mismo siete días después y esto quizá cincuenta y dos veces por año, y durante años?

Proverbios 28:13 nos dice: “El que encubre sus pecados no prosperará; mas el que los confiesa **y se aparta** alcanzará misericordia.” En Mateo 5:23-24, leemos: “Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate **primero** con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda.” De modo que se nos ordena reconciliarnos con nuestro hermano, según la exhortación: “Perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo”. Y el apóstol añade: “Sed pues imitadores de Dios como hijos amados. Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante” (Efesios 4:32; 5:1-2). Los textos de Mateo 18:34-35 nos dan una advertencia que sería grave menospreciar: “Entonces su señor, enojado, le entregó a los verdugos, hasta que pagase todo lo que le debía. Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas”. Así también Mateo 7:1 a 5 establece un principio, recordado a menudo pero generalmente muy poco puesto en práctica: “No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con que medís, os será medido. ¿Y por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo? ¿O cómo dirás a tu hermano: Déjame sacar la paja de tu ojo, y he aquí la viga en el ojo tuyo? ¡Hipócrita! Saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás bien para sacar la paja del ojo de tu hermano.”

No olvidemos que “es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios” (1.ª Pedro 4:17), y que hoy bien se puede aplicar a la Iglesia lo que le fue dicho a Israel en la antigüedad: “A vosotros solamente he conocido de todas las familias de la tierra; por tanto os castigaré por todas vuestras maldades” (Amós 3:2).

El triste estado espiritual del testimonio de Dios en la tierra, ¿no da pruebas de que no hemos prestado atención a todas estas advertencias y que hemos sido negligentes al respecto? ¿Por qué hay tantas divisiones entre aquellos a los que a Dios le plugo dar a conocer la verdad de la unidad del Cuerpo y confiarles el depósito de ella? Sin duda, el capítulo 12 del evangelio según Lucas nos da la respuesta. Allí leemos que el siervo infiel es tratado por su señor según la posición que aquel tomó (v. 45-48). Tanto si llevamos a la realidad los principios que proclamamos, como si no lo hacemos, en ambos casos somos tratados por el Señor según esos principios. La responsabilidad está siempre en relación con la medida de los privilegios que son concedidos, como nos lo enseñan claramente los versículos 47 y 48 del capítulo 12 de Lucas. Frente al gobierno de Dios, los creyentes que no conocen las verdades de la unidad del Cuerpo no tienen la misma responsabilidad que aquellos a quienes les fue confiado el depósito de esas preciosas verdades.

Es muy evidente que una asamblea en la cual hay discordias, que está profundamente dividida, hasta encontrarse escindida en dos o en más grupos, no tiene los caracteres de una asamblea de Dios, pues uno de los rasgos esenciales que ella debe manifestar es la unidad del Cuerpo expresada a la Mesa del Señor. De modo que aquellos que, a despecho de todo esto, se reúnen allí para partir el “(un) pan”, mienten contra la verdad.

La epístola de Santiago nos lo enseña: “Pero si tenéis celos amargos y contención en el corazón, no os jactéis, ni mintáis contra la verdad” (3:14). Entonces el verdadero remedio no es dejar de celebrar las reuniones; todo lo contrario, en Joel 2 leemos: “Por eso pues, ahora, dice Jehová, convertíos (o **volvéos**) **a mí** con todo vuestro corazón, con ayuno y lloro y lamento. **Rasgad vuestro corazón**, y no vuestros vestidos... Tocad trompeta en Sion, proclamad (o **santificad**) **ayuno**, convocad asamblea. Reunid al pueblo, **santificad la reunión...**” (v. 12-17). Pero mientras se realiza este trabajo de corazón y de conciencia, el partimiento del pan no puede ser llevado a cabo en una asamblea dividida, pues significaría proclamar una unidad que ella ya no manifiesta efectivamente en la práctica. Sólo después de que ese trabajo haya terminado podrán celebrar nuevamente la Cena a la Mesa del Señor.

Los sentimientos que dan a luz competencias, contenciones o intrigas pueden existir —y generalmente existen— mucho tiempo antes, en estado latente, en el corazón de aquellos que se acercan a la Mesa del Señor. Pero llega el momento en que todas las cosas son puestas a la luz por Aquel que no necesita que se le dé testimonio del hombre (véase Juan 2:25). En el fondo, tales sentimientos son sentimientos de celos, cosa aborrecible y odiosa a los ojos de Dios. En el capítulo 24 del Deuteronomio, Jehová enseña a su pueblo la delicadeza, las conveniencias, las buenas relaciones del hombre con su prójimo y, respecto a esto, les dirige una seria advertencia: “En cuanto a la plaga de lepra, ten cuidado... Acuérdate de lo que hizo Jehová tu Dios a María en el camino, después que salisteis de Egipto” (v. 8-9; compárese con Números 12). La mujer etíope que Moisés había tomado sólo fue la ocasión por medio de la

cual se manifestaron los celos de María y de Aarón. Sin duda, este sentimiento ya moraba mucho tiempo antes en el corazón de la hermana y en el del hermano de Moisés; ¡y eran sus hermanos! El que sondea los corazones ¿no lo sabía? Sin duda Dios manifestó su gracia antes de intervenir, pero llegó el momento en que debió ejercer su juicio y permitió —o mandó— la circunstancia que sacaría a luz lo que Él había discernido en el secreto de los corazones. El estado de los corazones se manifiesta por las palabras (Números 12:2). Jehová tomó entonces la defensa de su servidor; pero, por otra parte, envió una plaga de lepra Y todo el pueblo de Dios sufrió a causa de esto, pues su viaje fue detenido durante siete días “hasta que se reunió María con ellos” (12:15).

El tema de la lepra es tratado en los capítulos 13 y 14 del libro del Levítico. Los versículos 33 y siguientes del capítulo 14 nos brindan enseñanzas sobre la “plaga de lepra en alguna casa”. Nosotros sabemos que la asamblea local es, en su lugar, la morada de Dios (véase Mateo 18:20; Efesios 2:20). La primera expresión que nos impresiona es ésta: “**Si pusiere yo** plaga de lepra en alguna casa de la tierra de vuestra posesión...” (compárese con Deuteronomio 24:8-9, donde se menciona lo que **Dios hizo a María**). Luego: “Vendrá aquel de quien fuere la casa y dará aviso al sacerdote” (v. 35). Es pues Dios el que llama la atención del sacerdote —la nuestra, por consecuencia— sobre una plaga que Él mismo puso, y que es nuestra plaga, puesto que somos un solo cuerpo. Entonces el sacerdote debía examinar la plaga, y si descubría “manchas en las paredes” tenía que ver si eran “más profundas que la superficie de la pared” y “verdosas”, lo que representa la actividad de la vieja creación, la carne viva, o si eran “rojizas”, imagen de la corrup-

ción (v. 37) Después de hacer cerrar la casa durante siete días, el sacerdote —cuyos labios han de guardar la sabiduría y de cuya boca el pueblo buscará la ley (Malaquías 2:7) —debía comprobar “si la plaga se hubiere extendido en las paredes de la casa”.

Y el pasaje continúa diciendo: “Entonces **mandará** el sacerdote, y arrancarán las piedras en que estuviere la plaga” (compárese con 1.^a Corintios 5:2 y 7), “y hará raspar la casa por dentro...” (v. 39-42). “Y si la plaga volviere a brotar en aquella casa... entonces el sacerdote entrará y la examinará; y si pareciere haberse extendido la plaga en la casa, es lepra maligna (o que carcome) en la casa; inmunda es” (v. 43-44). El hecho de que sea una lepra que carcome le da a la casa el carácter de impura.

Señalemos aquí que el sacerdote no hacía nada más después de haber comprobado que la casa estaba invadida por una lepra que carcomía. Cuando en la casa se hallaban solamente algunas piedras con lepra, había **mandado** que las arrancaran; pero en el caso de que la lepra se hubiera extendido en la casa, leemos: “Por lo cual derribarán aquella casa...” (v. 45 VM). No se menciona quién la demuele, sólo se refiere el hecho. Pero hay algo cierto: **el propietario de la casa no habita más en ella.**

¿Qué sucede luego? La segunda epístola a Timoteo nos da la respuesta. Esta epístola sigue a la primera, en la cual la Iglesia se nos presenta como “columna y baluarte (o sostén) de la verdad” (3:15); mientras que en la segunda se la compara con “una casa grande” donde se encuentran toda clase de “utensilios”. La orden dada al fiel es: “Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo” (2.^a Timoteo 2:19). Y aun:

“Huye también de las pasiones juveniles, y sigue la justicia, la fe, el amor y la paz, con los que de corazón limpio invocan al Señor” (v. 22).

D. Courtial. (M. E. 1954)

DOS EPÍSTOLAS DIRIGIDAS A LOS EFESIOS

Dos epístolas fueron dirigidas a los creyentes de Éfeso. La primera fue escrita por el apóstol Pablo; la segunda por el apóstol Juan, transmitiéndoles “lo que el Espíritu dice a las iglesias”.

En la primera se desarrollan verdades particularmente elevadas. Los efesios se encontraban en un nivel espiritual que permitió al apóstol presentarles en seguida la extensión y la grandeza de los designios de Dios, sin que previamente le fuera necesario conducirlos a juzgarse. De modo que, desde el principio de su epístola, el apóstol puede hablarles de lo que Dios quiso hacer para ellos, lo cual también hizo para nosotros. Dios nos escogió en Cristo desde antes de la fundación del mundo; nos predestinó para adoptarnos para sí y hacernos aceptos en el Amado. Tenemos la redención por la sangre de Cristo, pero además, Dios nos hizo conocer el misterio de su voluntad, nos ha hecho herederos con Cristo, y ya nos ha dado las arras de la herencia, el Espíritu Santo. Siete bendiciones; plenitud de bendiciones que pertenecen a los redimidos. Si existen bendiciones individuales, existen también bendiciones colectivas: se encuentra revelado el misterio de la Iglesia, el Cuerpo de Cristo, a la

que se dispensa de todos los dones necesarios para su edificación. Los efesios, pues, al conocer así la posición en la cual fueron colocados, individual y colectivamente, fueron exhortados —y asimismo nosotros— a hacer realidad tal posición en la vida práctica, reflejando los caracteres de Cristo: amor y luz.

¿No hallamos en esta epístola la viva exposición de la posición del creyente en los lugares celestiales, en Cristo, y el andar que deriva de ello, mientras se encuentra en este mundo? El creyente es un hombre del cielo que camina por un tiempo en la tierra, y todo lo que posee, sus verdaderos bienes, son bienes celestiales. Pero no basta con saberlo y decirlo; somos llamados, como los efesios, a vivirlo realmente. ¿Cómo podemos hacerlo? Primeramente, necesitamos conocer las verdades de la doctrina, pero de una manera muy diferente de un conocimiento obtenido mediante la inteligencia. Así, vemos que el apóstol se dirigió al corazón de los efesios. El cristianismo no depende tanto de la inteligencia, sino más bien del ejercicio de corazón. No se trata de un mero conocimiento teórico, seco y frío, de las bendiciones que Cristo nos adquirió, de nuestra posición celestial, de nuestra unión con Él, de la posición celestial de la Iglesia, sino de un rico conocimiento de corazón, en afectos vivos que discernen, más allá de estas maravillas de la gracia, a Aquel que es «el autor, la fuente y la causa» de ellas. El cristianismo no es «una religión»; es una Persona. Su realización práctica es también un asunto de corazón, y es lo que Dios quiere decirnos, por medio del apóstol Pablo, así como les dijo a los creyentes de Éfeso. Tal parece ser el objetivo de la primera epístola.

Transcurrieron treinta o treinta y cinco años... Esa misma iglesia recibió una segunda epístola. Sin duda, muchos de aquellos a quienes se enviaba la segunda, habían estado entre los

que habían recibido la primera. En aquel entonces ellos manifestaban un estado espiritual sobre el cual el apóstol no había tenido nada que decirles. Pero ¿qué efecto había producido en ellos esa carta dirigida a sus corazones? ¿No es interesante e instructivo buscar en la Palabra la respuesta a esta pregunta?

En la segunda epístola se enumeran muchos caracteres los cuales bien podríamos desear que se manifestaran en las iglesias locales donde nos reunimos. “Yo conozco tus obras, y tu arduo trabajo y paciencia” (Apocalipsis 2:2). Tres cosas que nos recuerdan lo que el apóstol Pablo había escrito a los tesalonicenses: “Obra de fe... trabajo de amor... constancia en la esperanza”; y los tesalonicenses fueron “ejemplo a todos los... que han creído” (1.^a Tesalonicenses 1:3, 6, 7). Otros cuatro caracteres nos llaman la atención: el malo era quitado (según las enseñanzas del apóstol en 1.^a Corintios 5:13); tenían discernimiento espiritual; sufrían por el nombre del Señor, y tenían perseverancia en estas cosas: “No puedes soportar a los malos, y has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos; y has sufrido, y has tenido paciencia, y has trabajado arduamente por amor de mi nombre, y no has desmayado” (Apocalipsis 2:2-3). He aquí, pues, un conjunto enumerado de siete caracteres que podrían aparecer como si constituyeran en esa iglesia un estado de cosas notable y completo. Repitémoslo, quiera Dios que en cada asamblea local estos caracteres se manifiesten para el gozo y la satisfacción de Aquel que es la Cabeza del Cuerpo, es decir, de la Iglesia (Efesios 1:22-23).

Sin embargo, hay un pero: “Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor.” El apóstol Pablo se había dirigido al corazón de los creyentes de Éfeso, ¡y lo que desfalleció fue,

precisamente, el corazón! ¡Cómo nos hace comprender esto la importancia de las exhortaciones que el apóstol les dirigió en su primera epístola! ¡Cómo él había discernido el asunto al que los efesios debían prestar atención por sobre todas las cosas y el peligro al que estaban expuestos! Lo que es dulce y precioso para el Señor, lo que desea, es un corazón que sólo lata para Él. Lo que espera de nosotros son afectos de los que sólo Él sea el objeto.

A los efesios, pues, se les dirige esta solemne palabra: “Recuerda...” Acuérdate de ese día en que Él ocupaba todo el lugar en tu corazón. Cuando Jehová se dirigió a su pueblo por boca del profeta Jeremías, le hizo escuchar estas palabras: “Me he acordado de ti, de la fidelidad de tu juventud, del amor de tu desposorio...” (2:2). Sin duda, aludía al momento en que el pueblo acababa de pasar el mar Rojo y cantó el cántico que leemos en Éxodo 15, donde magnificaba a Aquel que lo había libertado. Entonces “santo era Israel a Jehová”; Jehová era todo para él. Luego, muy pronto, en Mara, comenzó una larga historia de murmuraciones e infidelidades. Después de ocho siglos, Jehová podía decir aún: “Me he acordado...” Dios quería que también Éfeso se acordara de ese gozo, del frescor del primer amor. Él quería que ese recuerdo hiciera arder el corazón de esa iglesia, que la condujera al arrepentimiento y la llevara a hacer las primeras obras, que eran el fruto del primer amor.

Lo que caracterizó a la iglesia en Éfeso fue lo que también caracterizó a la historia del testimonio en la tierra. El Señor obró para atraer los corazones hacia su persona, permitiendo la prueba que Esmirna tuvo que atravesar, prueba que Él conocía en toda su extensión y que sería creciente, pero medida por Aquel de quien todos los caminos son sabiduría.

¡Qué enseñanza recibimos! Cristo quiere poseer nuestro corazón por completo: es el fruto de su trabajo. Su propia Persona y su Palabra, cuya riqueza infinita nos hace inclinar en adoración, se presentan a nuestro corazón tal como la epístola del apóstol fue dirigida al corazón de los efesios. De modo que, así como ellos, aunque quizá también hayamos manifestado ciertos caracteres que el Señor desea apreciar como frutos de su gracia, hemos dejado el primer amor, el cual tiene para Él tan grande valor. Nuestros corazones, fríos o tibios, no son esa “fuente cerrada”, esa “fuente sellada”, ese “huerto cerrado” mencionado en el Cantar de los cantares, donde sólo hay frutos y perfumes para Él. Entonces el viento del norte —el viento frío y glacial de la prueba— sopla para que en dicho huerto se desprendan dulces “aromas”. Quiera Dios que este objetivo sea alcanzado en cada uno de los suyos a fin de que el Amado pueda venir a su huerto a comer sus frutos exquisitos. ¡Con qué gozo Él puede decir: “Yo vine...”! Él quiere asociarnos a tal gozo: “Comed, amigos; bebed en abundancia, oh amados” (Cantar de los cantares 4:12 a 5:1). ¡Que esa pueda ser la parte de cada uno de nosotros en estos días de tristeza!

P. Fuzier (M. E. 1942)

PENSAMIENTO

Si Dios se sirve de mí, es un gran honor; si Él tuvo que ponerme de lado porque mi «yo» se hinchaba, es una gran misericordia.

J.N. Darby (M. E. 1940)

HE AQUÍ EL HOMBRE

por F. von Kietzell

(Viene de la página 72)

17. "HE AHÍ TU MADRE"

(Juan 19:27)

“Estaban junto a la cruz de Jesús su madre, y la hermana de su madre, María mujer de Cleofas, y María Magdalena” (Juan 19:25-27). ¡Cuán preciosas eran las relaciones que estas mujeres mantenían con Jesús! Ellas lo habían seguido desde Galilea y “le servían de sus bienes” (Marcos 15:41; Lucas 8:2-3). “Y otras muchas que habían subido con él a Jerusalén.” Las hallamos de nuevo más adelante: “Y estaban allí María magdalena y la otra María, sentadas delante del sepulcro... miraban dónde lo ponían... y vieron el sepulcro, y cómo fue puesto su cuerpo.” Luego ellas “compraron... y prepararon especias aromáticas y ungüentos”, e interrumpieron su servicio para el Señor solamente durante el sábado (Mateo 27:61; Marcos 15:47; 16:1; Lucas 23:55-56). “Pasado el día de reposo... El primer día de la semana, muy de mañana” (incluso vemos que una de ellas fue “siendo aún oscuro”) ellas fueron al sepulcro (Mateo 28:1 y siguientes; Marcos 16:9-10; Lucas 24:1 y siguientes.; Juan 20:1 y siguientes). Así que ellas fueron las primeras testigos de la resurrección de Cristo y también sus mensajeras para con los discípulos, pues fue a ellas a quienes Él apareció primeramente. De igual manera en el Gólgota, ellas observaban atentamente lo que sucedía, aunque casi todas “estaban lejos”. No obstante, algunas de ellas “estaban junto a la cruz”, al menos momentáneamente (Lucas 23:49; Mateo 27:55; Juan 19:25). Sin duda, ellas corrían menos peligro que los discípulos, pero lo que las condujo hasta ese lugar fue el apego y la consagración por el Señor. ¡Qué conmovedor es contemplar la fidelidad de estas mujeres!

El pasaje que estamos meditando ahora nos habla de la madre de Jesús; de esa débil mujer, esposa de un modesto carpintero de la despreciada ciudad de Nazaret; nos habla de “su madre” y de él, “su hijo”. El Espíritu, pues, atrae nuestra atención hacia la perfecta humanidad de Cristo y su profunda humillación. “Cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer” (Gálatas 4:4).

Pero el admirable misterio de la encarnación no le bastó a la carne religiosa. Una parte de la cristiandad desvió su mirada del Hijo de Dios para fijarlos en su madre, rodeándola de una veneración de la que sólo es digna la divinidad. En la Palabra de Dios no hay nada que autorice a rendirle tal culto. Ciertamente, el ángel Gabriel llamó a María “muy favorecida” —es decir, que Dios la hacía gozar de su favor— y le dijo: “bendita tú entre las mujeres”. Comprendemos también que Elisabet la llamara “bienaventurada” y que “todas las generaciones” deben hacer lo mismo (Lucas 1:28, 45, 48). Pero los magos que habían llegado del oriente adoraron al niño y no a su madre (Mateo 2:11). Simeón bendijo a María y a José, y no al niño (Lucas 2:33-34), pues “sin discusión alguna, el menor es bendecido por el mayor” (Hebreos 7:7).

¡Con qué santa reverencia María misma consideraba el privilegio que le había sido concedido, lo cual se comprueba al leer su respuesta al ángel Gabriel, como así también su cántico (Lucas 1:38, 46 y siguientes)! Ella estaba maravillada “de todo lo que se decía de él” y “guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón” (compárese Lucas 2:33, 50 con 2:19, 51). Lo mismo sucedió cuando Jesús comenzó a ejercer su ministerio: las palabras que María pronunció en las bodas de Caná demuestran que ella sabía quién era Él (Juan 2:3, 5).

Después de este acontecimiento en Caná, ya no se menciona más a María hasta el momento de la crucifixión de Jesús, salvo en dos ocasiones (Mateo 12:47; 13:55). De manera que ella pasa a un segundo plano. Jesús, enteramente consagrado a la obra que el

Padre le había dado que hiciese, no dejó que sus relaciones naturales con su familia o con su pueblo le resultaran un obstáculo para cumplirla. Cuando tenía sólo doce años, les dijo a sus padres: “¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?” (Lucas 2:49). En el momento en que “salió de la casa” (Mateo 13:1), es decir, cuando se dispuso a apartarse de Israel, que lo había rechazado, lo escuchamos hacer esta pregunta: “¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos?” (Mateo 12.:48). Lo que le dijo a su madre en Caná, también puede parecernos extraño: “¿Qué tienes conmigo, mujer?” (Juan 2:4). La hora de manifestar su gloria a Israel y de cambiar su duelo en alegría —de lo cual el milagro de Caná es una figura— aún no había llegado. ¿De qué se trataba entonces? Si María sintió “angustia” (Lucas 2:48) al buscar a su hijo durante varios días en Jerusalén, ahora sentía una pena infinitamente mayor, pues se cumplía la profecía de Simeón: “Una espada traspasará tu misma alma” (Lucas 2:35), poniendo fin para siempre a las relaciones naturales que la habían unido a su Hijo hasta ese momento.

“Cuando vio Jesús a su madre, y al discípulo a quien él amaba, que estaba presente, dijo a su madre: Mujer, he ahí tu hijo. Después dijo al discípulo: He ahí tu madre” (Juan 19:26-27). En el momento en que su madre iba a perderlo, Él le dio otro hijo en la persona del discípulo a quien lo unían los vínculos más dulces. Las palabras que acabamos de citar nos revelan las profundidades infinitas del amor que llenaba el corazón de Jesús. Con una gracia admirable, Él había dicho de sus enemigos: “No saben lo que hacen”. Al ladrón arrepentido le abrió las puertas del cielo, diciéndole: “Hoy estarás conmigo en el paraíso.” Ahora, dominando la cruz, sus sufrimientos y su ignominia, Él piensa en su madre con la más conmovedora ternura filial. Los sentimientos humanos no le eran extraños, aunque su consagración a Dios los ponía siempre en su verdadero lugar. ¿Podía ser de otro modo en Aquel que, siendo verdadero Dios, era también verdadero hombre?

No podemos contemplar este misterio sin dejar de

prosternarnos en nuestro corazón, adorando a nuestro glorioso Señor y Salvador Jesucristo.

Juan, en su Evangelio, siempre se menciona a sí mismo como “el discípulo a quien Jesús amaba” (Juan 13:23; 19:26; 20:2; 21:7, 20). Lo que ocupaba sus pensamientos no era su amor por Jesús, sino el maravilloso amor de su Salvador. No es sorprendente que Juan, habiendo gustado de dicho amor en tal medida, haya sido influenciado por él en todo su comportamiento. Lo vemos cuando, en la última cena, se encontraba “recostado al lado de Jesús” y para preguntarle se inclinó “cerca del pecho de Jesús” (Juan 13:23, 25; 21:20). Juan fue el único discípulo que siguió a su Maestro hasta la cruz; él se adelantó a los demás para llegar a la tumba vacía (Juan 20:2. 4, 8). En la ribera del mar de Tiberias, fue el primero en reconocer al Señor, y desde ese instante hasta el fin del Evangelio vemos que no se apartó más de Él.

El Señor nunca deja de manifestarse a un corazón que está lleno de Su amor: “El que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él” (Juan 19:21). “El discípulo a quien Jesús amaba” fue el primero que, durante la cena, recibió de la boca del mismo Señor la comunicación que todos esperaban impacientemente (Juan 13:25-26). Él le dio una revelación extraordinaria a orillas del mar de Tiberias (Juan 21:22) y, en el pasaje que estamos meditando, lo honró con una confianza muy especial. “Mujer, he ahí tu hijo... He ahí tu madre.” A partir de ese momento, Juan debió tomar el lugar del Señor en las relaciones naturales que Él mantenía con su madre. “Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa” (Juan 19:27). ¿Habría podido obrar de otra manera? La solicitud del discípulo responde a la ternura del Señor. De allí en adelante, Juan podía manifestar hacia la madre de Jesús el “amor en el Espíritu”, el amor “que es el vínculo perfecto” (Colosenses 1:8; 3:14).

(Continuará)

*Venid hermanos, celebrad
las glorias y la dignidad de nuestro Redentor;
pues Él en todo es sin igual,
y como pueblo celestial rindámosle loor.*

*¡Qué sangre más preciosa dio
cuando Él del juicio rescató al pobre pecador!
Y ¡Oh qué grande perfección
reviste a los que suyos son gozando su favor!*

*Y cuando débiles están
socorro en Cristo encontrarán, Pontífice es Él;
su Palabra luz nos dará,
de tentación nos libraré, es Abogado fiel.*

*Vendrá pronto nuestro Jesús
en la hermosura de su luz, su esposa a arrebatar;
entonces por la eternidad
celebraremos su verdad y su amor sin cesar.*

*¡Oh cuán grato observar los hermanos,
estrecharse en veraces abrazos!
Enlazados, alegres sus pechos
con los lazos de santa piedad;
y de Cristo el amor a torrentes,
descender a inundarles el alma
que en celeste y dulcísima calma
da consuelo y remedio a su mal.*

*Es cual óleo de vaso divino
que se extiende de Aarón en la frente,
cae luego impregnando el ambiente
y las gotas perfuman sus pies;
es rocío del alba brillante
al caer de Sion en la cumbre,
do de amor celestial a la lumbre
se destila la gracia cual miel.*